

LA DAMA ROJA: LITERATURA Y PACIFISMO EN CARMEN DE BURGOS SEGUÍ (*COLOMBINE*)

HELENA ESTABLIER PÉREZ
Universidad de Alicante

Aunque cada vez conocemos mejor los variados matices que ofrece el camaleónico perfil de la escritora almeriense Carmen de Burgos Seguí (1867-1932), lo cierto es que apenas se ha hecho hincapié hasta el momento en una constante ideológica que se manifiesta tanto en su actividad pública como en su labor periodística y literaria, y que ratifica el obstinado compromiso de *Colombine* con la vida: su militancia durante más de dos décadas a favor de la paz. Entre 1898 y 1920 —años en los que se desarrolla gran parte de la actividad pública de Carmen de Burgos—, diversos conflictos bélicos se ciernen sobre el maltrecho panorama nacional: la guerra de las colonias, el inagotable problema marroquí e incluso la primera gran contienda mundial, cuya proximidad e influencia económica sobre nuestro país suscitan, pese a la neutralidad española, el interés de la opinión popular. Carmen de Burgos, que demostró sobradamente su capacidad de reflexión sobre la actualidad contemporánea a través de la literatura y del periodismo de su tiempo, no permaneció indiferente ante ninguno de ellos, y aunque es habitual destacar el compromiso pacifista de la autora, lo cierto es que su actitud ante la guerra se fue modificando y matizando a medida que sus posiciones ideológicas y políticas maduraban y se definían con mayor nitidez.

Tal y como hemos señalado, la ingente labor periodística y literaria de Carmen de Burgos constituye un valioso testimonio para comprender la evolución de su postura ante la(s) guerra(s) en las dos primeras décadas del siglo xx, así como

[435]

para reflexionar sobre las premisas en las que se funda esa militancia pacifista con la que se suele identificar a la autora y que se encuentra profundamente enraizada en su compromiso humano y político con el progreso general de la sociedad, y muy en especial con el de su propio género. De hecho, la autora nos ha legado su pensamiento al respecto a través de multitud de colaboraciones en los diarios de la época, así como en diferentes cuentos y novelas breves poco estudiados hasta el momento, que nos servirán en el presente trabajo para identificar y explicar los matices de la cruzada antibélica de la escritora.

1. Del librepensamiento temprano a la guerra colonial: *El repatriado* (1900)

Hacia finales de la primera década del siglo xx, Carmen de Burgos se acerca a la actividad política organizada, estableciendo contactos con aquellas asociaciones de inspiración republicana y socialista que reivindican los puntos que a ella se le antojan cruciales en materia de religión, de gobierno, de derechos humanos o de la situación de las mujeres, y asumiendo a la vez —parcialmente, eso sí— los presupuestos ideológicos de los grupos con los que colabora; lógicamente, también en su defensa de la paz encontraremos concomitancias, especialmente a partir de los episodios más cruentos de la guerra de Marruecos (de 1909 en adelante) con el discurso de las bases republicano-socialistas a ese respecto. Las inclinaciones ideológicas de Carmen de Burgos, no obstante, venían gestándose con bastante anterioridad al compromiso político explícito. No disponemos de mucha información sobre su etapa almeriense, previa a la condición «pública» que adquiere en Madrid como periodista y escritora, pero lo cierto es que antes de cambiar el rumbo de su vida, cuando aún no había publicado ninguna de sus obras literarias ni había abandonado el domicilio conyugal, ya había establecido algunos contactos en el librepensamiento femenino de entresiglos, que apuntaban hacia la línea ideológica que seguiría en el futuro.

Es interesante señalar, por ejemplo, que Carmen de Burgos colaboró durante tres años en *La luz del porvenir*, revista semanal dirigida por Amalia Domingo Soler, donde participaron, entre 1879 y 1898, librepensadoras de diversas tendencias ideológicas¹. A pesar de la diversidad de las colaboradoras de este semanario espiritista para mujeres, lo cierto es que su núcleo fundamental provenía del feminismo librepensador de entre siglos, desarrollado en una cultura de izquierdas y sustentado fundamentalmente en el republicanismo, el laicismo y el obrerismo. Las llamadas «librepensadoras» fueron en su mayoría anticlericales, feministas, republicanas, masonas, racionalistas y también —como ha estudiado Dolores

¹ Algunas de sus colaboradoras, además de la propia Amalia Domingo, fueron Rosario de Acuña, Ángeles López de Ayala, Matilde Ras, Amalia Carvia, Joaquina Pascual, Emilia Pardo Bazán, Angela Grassi, Antonia Amat, Natalia Casanova, Carmen Fuentes, etc.

Ramos²— pacifistas. Muchas ejercieron como maestras, escritoras o periodistas, propugnando, desde sus diferentes tribunas, una sociedad más humana, más digna y más tolerante. Algunas canalizaron sus inquietudes a través de una nueva religión, que consideraban habría de ser la de porvenir, sustentada en los principios del deísmo, el teosofismo y el espiritismo, y, en general, todas practicaron el compromiso ideológico a través del asociacionismo femenino, que generó en diversos puntos del arco mediterráneo nacional sociedades de mujeres con una actividad frenética en el campo de las ideas.

Andalucía, espacio geográfico en el que creció y se desarrolló ideológicamente Carmen de Burgos, fue, de hecho, uno de los focos principales de la cultura societaria del feminismo librepensador³. No tenemos constancia de que Carmen de Burgos perteneciera a ninguna asociación de mujeres librepensadoras en esas fechas, pero sí de que, como he señalado más arriba, entre julio de 1886 y noviembre de 1889 —es decir, cuando rondaba la veintena—, participaba asiduamente en la revista espiritista *La luz del porvenir* con cuentecillos populares didáctico-morales, reflexiones sobre la misión de las mujeres, cartas de consuelo a sus amigas y, sobre todo, artículos de exaltación de las virtudes del cristianismo primitivo, la paz, el amor, la justicia y la caridad. Las relaciones de Carmen de Burgos con el librepensamiento femenino de su tiempo constituyen, posiblemente, una de sus facetas menos conocidas aún, pero lo cierto es que entre el 15 de julio de 1886 y el 14 de noviembre de 1889, escribe en quince ocasiones para la citada revista de Amalia Domingo⁴. Recordemos, por

² Para la actividad de las librepensadoras en torno al cambio de siglo, son imprescindibles las aportaciones de M^ª Dolores Ramos. Ver, especialmente, las siguientes: «La construcción de la ciudadanía femenina en España: las librepensadoras (1806-1909)», en C. Fagoaga (coord.), *1898-1998. Un siglo avanzando hacia la igualdad de las mujeres*, Dirección General de la Mujer, Madrid, 1999, págs. 91-116; «Mujer, asociacionismo y sociabilidad en la coyuntura de 1898. Las afinidades con el fin de siglo europeo», en R. Sánchez Sánchez y R. Villena Espinosa (eds.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1998*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, págs. 73-100; «La cultura societaria del feminismo librepensador (1895-1918)», en D. Bussy Genevois (ed.), *Les espagnoles dans l'histoire. Une sociabilité démocratique (XIX^e-XX^e siècles)*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 2002, págs. 103-124; «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, 60, 2005, páginas. 45-74; «Republicanas en pie de paz. La sustitución de las armas por la justicia, el arbitraje y el derecho (1868-1899)», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7, 2008, págs. 35-57.

³ M^ª D. Ramos, «Mujer, asociacionismo y sociabilidad en la coyuntura de 1898», págs. 83-99.

⁴ En el número de 31 de mayo de 1888, por ejemplo, dedicado a la memoria del principal sistematizador del espiritismo, Allan Kardec, Carmen reconocía abiertamente su adhesión a esta filosofía («nuestra consoladora doctrina», decía) y defendía con ahínco «la hermosa luz de la razón y la ciencia», así como la existencia de «un Dios justo y bueno sobre todas las cosas» («A la memoria de Allan Kardec», *La Luz del Porvenir*, año x, 2, 31/v/1888, pág. 12). En el número 52 de ese mismo mes («A la mujer», *La Luz del Porvenir*, año ix, 52, 17/v/1888, página 416), la autora se empeñaba en una exaltación de la mujer y de la madre, guía de la humanidad hacia su perfección, encarnación en la tierra de la caridad, el consuelo y el respeto a las leyes.

ejemplo, un artículo significativamente titulado «El Cristianismo», publicado el 28 de abril de 1887, en el que una jovencísima y sorprendentemente devota Carmen de Burgos predicaba desde las páginas de la revista una religión verdadera de amor, virtud y paz, y la convertía en objetivo vital del librepensamiento:

¡Libre-pensadores [*sic*], espiritistas, demos gracias al cielo que ha venido a iluminar con un rayo de luz nuestra inteligencia. Sí, démosle gracias mil, porque nos ha hecho ver esa hermosa luz de la verdad que los ignorantes le dan mil injustos calificativos!⁵

No son de extrañar, por cierto, los llamamientos de la autora al amor y a la paz universales si los enmarcamos en la orientación pacifista del librepensamiento femenino español en las últimas décadas del siglo, el cual, a su vez, hunde sus raíces en la actividad internacional de las mujeres a favor de la paz extendida a finales del XIX como respuesta del feminismo a la creciente expansión del imperialismo y a los conflictos bélicos generados por éste. Desde sus primeras manifestaciones organizadas, y fueren cuales fueren las premisas en las que se apoyaba su reivindicación del lugar de lo femenino en la sociedad moderna, el feminismo internacional fue mayoritariamente antimilitarista⁶, sustentando su cruzada antibelicista en los principios de la diferencia sexual y de la distribución consecuente de roles familiares y sociales que había asumido como base de sus reivindicaciones de género. De hecho, los argumentos que esgrimían las asociaciones de mujeres en defensa de la vida humana se apoyaban precisamente en su condición biológica para crearla y en su derecho consiguiente a preservarla. La maternidad íntima que habían ejercido hasta entonces en el ámbito familiar se abría ahora a una maternidad social, un nexo femenino de unión que legitimaba la ocupación del espacio público para la consecución de un bien común. Las mujeres se alzaban unidas contra la muerte de los suyos, y reclamaban para ello su voz pública, su autoridad, ya no familiar o privada, sino social, como madres. La defensa de la paz les permitía acceder al ámbito público a partir de las prácticas y comportamientos habituales en su papel tradicional de género como hacedoras de vida: el cuidado, la concordia, el bienestar, el equilibrio social, la satisfacción de las necesidades humanas y la producción de valores positivos y perdurables. Su identidad de género justificaba así, a través de la lucha por la paz, la entrada

⁵ *La Luz del Porvenir*, 49, 28/IV/1887, 399-400, pág. 400.

⁶ La «Unión Internacional de Mujeres» (1895), la «Liga de Mujeres por el desarme» (1896), la «Sociedad la Paz y el Desarme por las Mujeres» y las diferentes Asambleas Nacionales organizadas con motivo de la primera Conferencia de Paz de La Haya (1899), son algunos ejemplos del rechazo generalizado del militarismo y de los principios que lo sustentan por parte de las feministas del ámbito internacional, precisamente en los mismos años en que España se halla enfrascada en una cruenta y devastadora guerra colonial.

en la vida civil e incluso en ocasiones también en el ámbito político del que ambas, mujeres y paz, habían estado excluidas durante siglos⁷.

Algo similar ocurría también entre las librepensadoras españolas de la última década de la centuria, enfrentadas a un país empeñado en conflictos bélicos diversos⁸. Como respuesta a este espíritu militarista que embargaba a la política española de la época, numerosas feministas librepensadoras emprendieron acciones colectivas en defensa de la paz a través de las redes de solidaridad creadas por las mujeres —prensa, logias, escuelas racionalistas, congresos librepensadores, etc.—, y desde las publicaciones periódicas afines de la última década de la centuria, algunas de ellas —Amalia Domingo, Belén Sárraga, Amalia Carvia y Ángeles López de Ayala, entre otras— respaldaron el ideal pacifista, que encajaba a la perfección con el modelo social de armonía, humanismo, tolerancia y perfectibilidad que propugnaban⁹ así como con las consignas al respecto del republicanismo centralista y federal de principios de los noventa —que propugnaba fervientemente las soluciones pacíficas a los conflictos— a cuyas filas ideológicas estaban adscritas mayoritariamente.

Además de las feministas, los socialistas¹⁰ y los republicanos federales de Pi y Margall se mantuvieron fieles a su antibelicismo a finales de los noventa; la mayoría de los grupos políticos, sin embargo, aun procediendo de diversas tendencias ideológicas —tan dispares como el carlismo y el republicanismo¹¹,

⁷ M^a D. Mirón Pérez (dir.), *Las mujeres y la paz: génesis y evolución de conceptualizaciones, símbolos y prácticas*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer, Madrid, 2004, págs. 26-28; C. Magallón, «De la reclamación de la paz a la participación en las negociaciones. El feminismo pacifista», en E. Espinar y E. Nos (coords.), *Género, conflicto y construcción de la Paz. Reflexiones y propuestas*, *Feminismo/s*, 9, 2003, págs. 15-30.

⁸ Recordemos que a finales del verano de 1893, la situación en África, que parecía apaciguada desde la contienda de 1859-1860, se crispó de nuevo y llevó al gobierno español a la llamada «guerra de Melilla» que duró unos meses; apenas dos años después, se produjo la insurrección cubana, que supuso tres años de catástrofes ininterrumpidas hasta culminar en el archiconocido desastre del 98.

⁹ M^a D. Ramos, «Mujer y asociacionismo y sociabilidad en la coyuntura de 1898», páginas 104-115.

¹⁰ Desde el socialismo se criticó duramente la guerra colonial, que se entendía como un conflicto propio de la clase burguesa, instalada en su negativa a hacer concesiones a los insulares, y ajeno a los intereses del proletariado, por lo que desde la prensa afín (*El Socialista*, por ejemplo) se reclamaba insistentemente el fin de la guerra y el regreso a casa de los soldados (Manuel Pérez Ledesma, «La sociedad española, la guerra y la derrota», en J. Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1998 y la crisis de fin de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pág. 116.

¹¹ Hacia 1890, los republicanos federales y centralistas optaban por el pacifismo y defendían la autonomía de las colonias: «El pueblo no quiere la guerra», escribía Blasco Ibáñez en su artículo de 31 de agosto de 1895 en *El Pueblo* de Valencia. El cambio en la actitud republicana se produce hacia 1896, en un intento de no quedar al margen del patriotismo popular y pensando quizá en que el conflicto colonial daría al traste con la Monarquía. En estos momentos, incapaces de ofrecer una estrategia unitaria, los diversos grupos republicanos adoptaron posiciones diferentes e incluso antagónicas entre sí, que se fueron además modificando entre 1895 y 1898. La mayoría fue nacionalista e imperialista, y sostuvo la necesidad de

por ejemplo— respaldó con gran ardor patriótico la guerra de las colonias, insuflando a través de los medios afines un elevado espíritu de exaltación nacional y estimulando el prurito de defensa del honor español. Bajo el lema «Viva España con honra», la prensa republicana madrileña —como *El país*, por ejemplo— incitaba a la preservación de la integridad de la patria a cualquier precio. Evidentemente, este patriotismo beligerante republicano requería un sacrificio de contingente humano difícil de compatibilizar con el pacifismo integral que se defendía desde las tribunas del librepensamiento femenino, de modo que algunas de estas mujeres, ideológicamente afines al republicanismo, se encontraron atrapadas en un conflicto íntimo de intereses¹². El ideal de equilibrio social y de perfectibilidad humana que perseguían pasaba necesariamente por la búsqueda de la paz y por la preservación de la vida, pero la urgencia del momento, el llamamiento de la madre-patria ante la rebelión de su prole insular, parecía requerir un ejercicio suplementario de sacrificio colectivo hasta en aquellos —y aquellas— que deseaban combatir el militarismo con el diálogo¹³.

consolidar la presencia española en Cuba. Desde que en 1896 se forma «Unión Republicana», integrando a los representantes de los cuatro partidos principales —centralista, federal, nacional y progresista—, la defensa de la integridad de la nación se convierte en uno de sus objetivos prioritarios, aprovechando en propio interés la vena patriótica popular surgida en los primeros tiempos de la contienda; los federales de Pi y Margall, sin embargo, continuaron en solitario defendiendo la autonomía cubana, incluso la emancipación completa, con tal de finalizar con el conflicto.

¹² Recordemos, a modo de ejemplo, que mientras las calles enfervorecidas de Madrid y de otras ciudades españolas despedían a los voluntarios al grito de «Viva España» (M. Pérez Ledesma, *op. cit.*, pág. 94), desde julio de 1896 muchas mujeres se manifestaban en contra en Zaragoza y otras ciudades españolas. Una de las primeras protestas contra la guerra fue encabezada por un grupo de mujeres de Zaragoza, que, a mediados de julio de 1896, solicitó permiso al gobernador interino para una manifestación contra un nuevo envío de tropas a Cuba. El gobernador denegó el permiso y anunció represalias, pese a lo cual el 1 de agosto un grupo de jóvenes y mujeres recorrieron la ciudad con una pancarta en la que se pedía el cese de envío de soldados a América. A imagen y semejanza de ésta, se llevaron a cabo otras protestas similares en Barcelona o Valencia, ciudad en la que un grupo de defensoras de la paz permaneció durante varios meses detenidas en el Asilo-Cárcel (L. Sanfeliú, *Republicanas. Identidades de género en el blasquismo [1895-1910]*, Universidad de Valencia, 2005, págs. 98-101).

¹³ No perdamos de vista, por ejemplo, el drama *La voz de la patria* de Rosario de Acuña, estrenado en el teatro Español el 20 de diciembre de 1893, en plena contienda con Melilla. Sorprende, en una defensora de la tolerancia, de la emancipación social y moral de la humanidad, del librepensamiento y del progreso, este «drama patriótico» —como la propia autora lo denomina en el prólogo— donde se defiende el honor masculino, familiar y nacional por encima de la vida humana y del amor conyugal y maternal. El protagonista, llamado a filas para combatir en África, habrá de elegir entre «ese ilusorio fantasma/que unas veces llaman honra/ y otras veces llaman patria» (R. Velasco Impresor, Madrid, 1893, pág. 17), por un lado, y los requerimientos del «amor-instinto» (pág. 11) de la madre y de la esposa encinta. Evidentemente, triunfa el deber patrio y Juan escoge combatir a los «bárbaros rifeños» que «hollaron el honor de nuestro escudo» (pág. 31). El patriotismo, cuya bandera enarbolan los hombres del drama, triunfa, y a las mujeres no les queda más que aprender de ellos su elevado concepto de

Aunque, como hemos señalado más arriba, la colaboración de Carmen de Burgos con el semanario espiritista *La luz del porvenir* se detiene en 1889, no tenemos motivos para pensar que la autora interrumpiera sus contactos con estos grupos, ni tampoco que dejara de compartir su ideario humanitario y pacifista¹⁴. De hecho, el primer ejercicio literario que Carmen de Burgos dedica al tema de la guerra, el cuento *El repatriado*¹⁵, es una buena muestra de las ambivalencias generadas en este punto por el espíritu de la época, mostrando perfectamente las vacilaciones entre la conciencia del deber patrio, por un lado, y el antibelicismo común a las corrientes del librepensamiento femenino del fin de siglo español, por otro. El motivo del cuento es el fin de la guerra colonial, y es más que probable, si atendemos al planteamiento del tema y a lo que la propia autora afirma en nota al pie —que el cuento ya había sido publicado en el diario *La Provincia* y posteriormente en *El Heraldo de la Cruz Roja* de Madrid— que se escribiera nada más terminar el conflicto cubano o en los primeros meses de 1999.

A través de la peripecia de un soldado voluntario, Enrique, que marcha a la contienda americana y regresa a la patria al cabo de tres años, esta brevísima narración —apenas cuatro páginas— incide con gran acierto en las variaciones en el ambiente nacional pre y postbélico, y en las repercusiones personales y familiares que la catastrófica guerra en América tuvo para los que empeñaron su juventud en defender la integridad nacional. La primera parte del cuento nos narra la partida de los voluntarios, en un ambiente general de exaltación popular y de ardor patrio que contrasta con la desolación íntima de los

la honra e intentar a duras penas sobreponerse a su instinto femenino de conservación de la vida para gritar a coro un «¡Viva España!» que cierra la obra sin ambigüedad ninguna.

¹⁴ Todas las colaboraciones en *La luz del porvenir*, excepto quizá las tres últimas, que no tienen indicación ninguna al respecto, las envía desde Andújar, lugar al que debió de trasladarse tras su matrimonio con Arturo Álvarez, que posiblemente tuvo lugar en algún momento entre 1883 y 1890 (C. Núñez Rey, *Carmen de Burgos Colombine en la Edad de Plata de la literatura española*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005, pág. 71). A la luz de la infelicidad que emana de sus colaboraciones en *La Luz del Porvenir*, no es difícil intuir que la autora ya estaba casada —o mejor aún, mal casada— cuando residió en Andújar. Respecto a sus contactos con el espiritismo, observamos que en *La luz del porvenir* se anuncia el Centro «La Esperanza» de Andújar y también que Carmen de Burgos no es la única colaboradora de la revista que escribe desde esta población, así que es más que posible que al trasladarse al municipio jienense, entablara relación con algún grupo de librepensadoras espiritistas que le abrió las puertas a esta publicación donde hizo sus primeros pinitos literarios, ignorados por cierto hasta el momento. Carmen de Burgos dio a luz a su primer hijo en abril de 1890 (C. Núñez Rey, *loc. cit.*, pág. 71), y su última colaboración en *La Luz del Porvenir* es del 14 de noviembre de 1889, es decir, más o menos en las fechas en que debió de tener constancia de su estado de gestación. Es más que probable, ya que sabemos que su hijo nació en Almería, que el matrimonio abandonase Andújar y volviese a su ciudad a finales de 1889 o principios de 1890, quizá para el alumbramiento, y que ésta sea la causa de la interrupción pública de la afición espiritista de la autora y de sus relaciones con el librepensamiento femenino, aunque no podemos descartar que ambas continuaran en el ámbito privado.

¹⁵ Este cuento se encuentra incluido en la primera obra literaria de la autora que ve la luz (*Ensayos literarios*, Almería, 1900, págs. 21-24).

familiares y amigos de los soldados. En la segunda parte, tres años más tarde, Enrique regresa a España enfermo y vencido, y sólo encuentra indiferencia: en el ínterin de su experiencia americana, su madre ha fallecido, su hogar ha sido ocupado por extraños y su novia se ha casado con otro. Ese vuelco que experimentan las circunstancias familiares de Enrique en su ausencia metaforiza a la perfección la transformación general que experimentó la actitud española ante la derrota americana. Los constantes reveses que sufrió España en la contienda fueron alimentando un escepticismo paulatino, que fraguó en 1898 en una indiferencia generalizada ante el desastre de Cavite. *El repatriado* es un excelente testimonio de las deplorables condiciones en que los voluntarios fueron devueltos a España tras el fin de la guerra, consumidos por las enfermedades, agotados y vencidos, y del desinterés con el que la nación presenció su regreso.

La obra incide, por supuesto, en las desastrosas consecuencias de la guerra en el ámbito de lo privado (el dolor de la separación, el luto de las madres, las vidas deshechas, etc.) y de lo público (indiferencia de una nación vencida ante la acumulación de catástrofes,) pero lo cierto es que su antibelicismo en este sentido aparece tamizado por un patriotismo muy propio del momento, que si no se atreve a justificar la guerra, tampoco la condena explícitamente. De hecho, los términos en los que la autora se refiere a las circunstancias de la contienda guardan mucho en común con la retórica utilizada por la prensa republicana en aquellos años —y también, por cierto, por la Iglesia Católica, otra gran impulsora de la guerra colonial—: «el honor y la integridad de la amada patria»¹⁶, «gloriosa bandera»¹⁷, «entusiasmo patrio»¹⁸, «entusiasta grito de ¡Viva España!»¹⁹, las tácticas de guerra de los rebeldes insulares son, para la autora, «traidoras emboscadas»²⁰, y la vocación independentista cubana se compara con el matricidio de «Nerón abriendo las entrañas de Agripina o la vívora [*sic*] de la fabula que mordió el pecho del que le había dado la vida»²¹. La labor de los soldados españoles en Cuba se plantea como el último episodio de una gloriosa historia bélica unificadora, iniciada por héroes como Don Pelayo, Ramiro o el propio Cid Campeador, y también como los voluntarios españoles en América, derrotados en la batalla pero no vencidos en su orgullo patrio.

De hecho, los excesos líricos de las últimas líneas del cuento constituyen por sí mismos toda una apología del heroísmo y una lección de amor a la patria. Así, la muerte de Enrique, el repatriado, «uno de tantos héroes anónimos que olvidados y oscurecidos han dado su sangre, su felicidad y su existencia

¹⁶ C. de Burgos, *El repatriado*, pág. 21.

¹⁷ C. de Burgos, *loc. cit.*

¹⁸ C. de Burgos, *loc. cit.*

¹⁹ C. de Burgos, *loc. cit.*, pág. 22.

²⁰ C. de Burgos, *loc. cit.*

²¹ C. de Burgos, *loc. cit.*

por el honor de España»²², y por ende las de todos los voluntarios españoles, cobran valor de ejemplaridad, y se justifican en su leal contribución a la gloria nacional:

¡Dichosos ellos! —concluye *Colombine*— que al sacrificar su vida en aras de su amor patrio pueden hacerse un sudario de nuestra gloriosa bandera y recibir las bendiciones de la posteridad! ¡Desgraciados los que aparezcan ante la luz de la Historia cubiertos por las sombras que ennegrecen las figuras de Perpenna, D. Opas y D. Julián²³.

Aunque este cuento, ejercicio primerizo —y de una plomiza carga ideológica, por cierto— de una escritora en ciernes, suele pasar desapercibido en la trayectoria literaria de Carmen de Burgos, lo cierto es que ayuda extraordinariamente a establecer un punto de partida en la evolución experimentada por la autora en su valoración del fenómeno bélico y también a profundizar un tanto en su posición ideológica anterior al cambio de siglo, poco conocida hasta el momento. Como efecto de esa tensión entre sentimiento patriótico y denuncia antibélica que vertebra *El repatriado*, el cuento nos permite, por ejemplo, percibir la clara sintonía de la autora, antes de 1900, con la actitud republicana hacia la guerra colonial, defendiendo la integridad de la patria bajo el citado lema de «¡Viva España con honra!»²⁴; del mismo modo, nos permite anticipar ya en la escritora una acusada sensibilidad hacia las nefastas repercusiones de la guerra —lo público— en el plano íntimo y familiar, argumento central en las reivindicaciones de las feministas librepensadoras de la época, que se va a convertir también en centro del programa pacifista de Carmen de Burgos en las décadas siguientes.

2. La Dama Roja ante el conflicto del Rif: *En la guerra* (1909)

Hasta el verano de 1909, en el que España vuelve a entrar en guerra, el tema no parece preocupar excesivamente a la escritora, que por el momento muestra otros centros de interés. En esa primera década del siglo, ya instalada en Madrid, colabora con diversos periódicos de la capital (*La correspondencia de España*, *Diario Universal*, *ABC*, *Heraldo de Madrid*, etc.) y de provincias (*El pueblo* de Valencia), y aunque en algunos artículos se prodiga en temas de actualidad sin otra pretensión que la de entretener a sus lectores, en otros se ocupa en profundidad de cuestiones comprometidas, de gran fuste ideológico: la pena de muerte, los problemas sociales de la infancia, la religión, la situación de las mujeres en el mundo contemporáneo, el divorcio, etc. De hecho,

²² C. de Burgos, *loc. cit.*, pág. 24.

²³ C. de Burgos, *loc. cit.*

²⁴ Ver nota 10.

los textos de este período demuestran un compromiso claro con el ideario republicano²⁵, que se radicaliza a partir de la consolidación de su amistad con Blasco Ibáñez en 1904, y que se mantendrá con altibajos hasta el momento de su muerte (1932), en el que la escritora estaba afiliada al Partido Republicano Radical Socialista.

Cuando en 1909 se desata de nuevo el problema marroquí, la colaboración de Carmen de Burgos con *El Pueblo* —que se manifiesta absolutamente contrario a la guerra de Marruecos²⁶— ha cesado ya, pero su relación con determinadas asociaciones femeninas republicanas y socialistas es por entonces muy estrecha, y, como veremos, la influencia del ideario antibélico del que hacen gala ambas tendencias políticas en estos momentos, se deja sentir en las manifestaciones literarias y periodísticas que realiza la escritora sobre la guerra de Melilla.

Estaba probablemente en lo cierto Rafael Cansinos Assens cuando en sus diarios se refería a Carmen de Burgos como «la dama roja»²⁷, etiqueta que sugiere una clara vinculación de la autora con la actividad política organizada. Las llamadas *Damas Rojas* de Madrid constituían, de hecho, una agrupación femenina radical, ligada al Partido Republicano, que entre 1909 y 1911 combinó el proselitismo político —propagación de los ideales de libertad y república— con labores asistenciales a sus correligionarios. Posiblemente sus integrantes procedían de las clases medias y estaban relacionadas con el feminismo librepensador de entre siglos²⁸. Desde los primeros contactos entre republicanos y socialistas —tras el verano sangriento de 1909, protagonizado por la contienda africana y los sucesos de la Semana Trágica—, que culminarían en el mes de noviembre con la dimisión de Maura y la consolidación de la Conjunción Republicano-Socialista, las *Damas Rojas* comenzaron a colaborar con el *Grupo Femenino Socialista de Madrid* (1906-1914), que venía desarrollando

²⁵ Entre noviembre de 1906 y agosto de 1908, Carmen, bajo el seudónimo «Gabriel Luna», colabora asiduamente en el diario republicano *El Pueblo* de Valencia con artículos radicales —ligeramente incendiarios en ocasiones— de tono anticlerical; cierto es que en ellos no aborda el tema bélico directamente, pero sí hace gala de su espíritu cívico y humanitario cuando trata otros asuntos afines, como la violación de los derechos individuales inherente a la ley del terrorismo de Maura («Hay que enterrarlo», 10/vi/1908), la patriotería ridícula que enfrenta a pueblos y naciones («El absurdo del centenario», 21/iii/1908), el amor a la humanidad («Ensayos sobre educación», 04/i/1908), los peligros de la tiranía («Era de retroceso», 29/xii/1907), la pena de muerte («La base de nuestra regeneración», 13/xi/1906), etc.

²⁶ En este sentido, ver el artículo del director del diario, Félix Azzati, publicado el 11 de julio de 1909: «Muera la guerra».

²⁷ R. Cansinos Assens, *La novela de un literato*, 1, Alianza, Madrid, 1982, pág. 191.

²⁸ Remito, para todo lo referente a las *Damas Rojas* de Madrid y al *Grupo Femenino Socialista*, a los esclarecedores trabajos de M. del Moral, «El Grupo Femenino Socialista de Madrid (1906-1914): pioneras en la acción colectiva femenina», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27, 2005, págs. 247-268; «Acción colectiva femenina republicana: las *Damas Rojas* de Madrid (1909-1911), una breve experiencia política», *Hispania. Revista Española de Historia*, Lxvii, 226, mayo-agosto de 2007, págs. 541-566.

una labor política, de difusión del ideario de la izquierda, entre las mujeres de la clase trabajadora.

Carmen de Burgos, quien ese mismo verano había cubierto la guerra de Marruecos como corresponsal del *Heraldo de Madrid*, trabajó activamente a la vuelta de Melilla junto a ambas agrupaciones. Sus contactos con las *Damas Rojas* se habían gestado con anterioridad, posiblemente a partir de su relación con una de las fundadoras del grupo, Consuelo Álvarez Pool (*Violeta*), que había pertenecido a Unión Republicana y que era asidua, según nos cuenta Cansinos Assens, a la tertulia de *Colombine* en aquella primera década del siglo²⁹. Eran frecuentes, en cualquier caso, los trasvases entre las militantes de ambas asociaciones, republicana y socialista, así como la participación conjunta en actos de propaganda política. En julio de 1910, tras el acercamiento de las republicanas a la causa socialista, Carmen de Burgos inicia su militancia activa en la *Agrupación Femenina Socialista*³⁰. Aunque su presencia en el grupo como afiliada es más bien breve, interrumpiéndose entre mayo de 1912 y agosto de 1917 por desavenencias internas³¹, lo cierto es que en el mismo período en que se produce la guerra de Marruecos y en los años inmediatamente posteriores, *Colombine* se encontraba colaborando activamente con las damas izquierdistas de la capital³².

Tal y como hemos señalado con anterioridad, las ideas expuestas por Carmen de Burgos en los textos periodísticos y literarios que escribe en los meses inmediatamente posteriores a su visita a Melilla, coinciden plenamente con la postura de férrea oposición a la contienda marroquí que mantenían la Conjunción Republicano-Socialista³³ y las agrupaciones femeninas cercanas a

²⁹ R. Cansinos Assens, *op. cit.*, pág. 215.

³⁰ Tomo los datos de Marta del Moral, que incluye referencia al registro de asociadas del *Grupo Femenino Socialista de Madrid 1906/1927* (*op. cit.*, pág. 259), Fundación Pablo Iglesias, Alcalá de Henares [FPI/AASM-LVIII-1].

³¹ Marta del Moral estima que Carmen de Burgos se afilió al *Grupo Femenino Socialista* más atraída por la defensa de los intereses de las mujeres que por el ideario socialista, y que ello generó enfrentamientos que condujeron a la salida voluntaria de *Colombine* de la asociación en 1912 (M. del Moral, «El Grupo Femenino Socialista de Madrid (1906-1914)», pág. 259). En este sentido, me parece bastante probable que la disidencia de *Colombine* de la postura socialista sobre la cuestión bélica en torno a 1912 fuera uno de los elementos de discordia que provocó la acusación de dos de sus compañeras de Grupo (M. del Moral, «Acción colectiva femenina republicana», pág. 550) y que llevó a Carmen de Burgos a abandonar el mismo. Volveremos a hacer referencia a ello más adelante.

³² En junio de 1910, por ejemplo, la encontramos presidiendo, junto a Juana Taboada y Herminia Martínez (ambas del *Grupo Femenino Socialista*), un mitin de propaganda anticlerical al que asistió un millar de mujeres republicanas y socialistas. En noviembre de 1912 la encontramos también en la comisión gestora que se crea por iniciativa republicana para asociar a las obreras modistas, junto a la ya citada Consuelo Álvarez, a Otilia Solera, socialista y ex-militante de las *Damas Rojas*, y a otros representantes del republicanismo madrileño (M. del Moral, *loc. cit.*, pág. 550).

³³ Los argumentos socialistas contra las injusticias sociales en el reclutamiento militar (la llamada «redención a metálico») ya utilizados en la Guerra de Cuba se esgrimieron de nuevo

ésta con las que colaboraba Carmen de Burgos. En mítines y artículos periodísticos, *Damas Rojas* y jóvenes socialistas ensayaron estrategias de movilización de las mujeres contra la guerra basadas en una apelación a la conciencia femenina, a la función de dar y conservar la vida que todas ellas asociaban a su identidad de género³⁴. No es de extrañar, a la vista de la participación de las asociaciones femeninas en el asunto, que Carmen de Burgos accediera a cubrir la información de la guerra in situ para el *Heraldo de Madrid*; era un medio inmejorable de obtener datos y testimonios sobre lo que estaba ocurriendo realmente en Marruecos tras el desastre del Barranco del Lobo³⁵, para utilizarlos, a posteriori, en esa campaña antibélica en la que se hallaban empeñadas sus correligionarias.

Los artículos que escribe durante la contienda demuestran, no obstante, una gran contención por parte de la autora, que, como ella misma reconoce más tarde, se encuentra sometida a una férrea censura por parte del gobierno de Maura³⁶. Entre el 9 de agosto y el 2 de octubre, Carmen de Burgos escribe más

unos años más tarde, cuando tras los sucesos del Barranco del Lobo de 27 de julio de 1909, el Gobierno decidía movilizar a los reservistas para enviar refuerzos a Melilla; desde las bases socialistas se incidía en que la guerra marroquí se apoyaba en la desigualdad social, suponía un retraso para la organización obrera, entrañaba notables gastos para el país y contribuía a propagar el militarismo en España (A. Bachoud, «La guerra de Marruecos y el partido socialista (1909-1914)», en *Homenaje a M. Tuñón de Lara. Estudios sobre historia de España*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, págs. 199-210). En 1909, la protesta socialista contra la campaña de Marruecos se unió al movimiento popular republicano, que apoyaba su proyecto político antimonárquico en una identificación de República, democracia, progreso y paz, de forma que la Conjunción inició su andadura sustentada, entre otros factores, en una común aspiración al cese de las hostilidades en África.

³⁴ El 15 de julio de 1909, sin ir más lejos, unos días antes de que *Colombine* saliera hacia Melilla, las Damas Rojas celebraron un mitin en el que su vicepresidenta, Aurora Martínez, describió los horrores de la guerra e invitó a las mujeres al pacifismo. El 25 de ese mismo mes fueron las socialistas, en colaboración con otros grupos juveniles, quienes convocaron mitin en el Teatro Barbieri para rechazar la intervención española en Marruecos (M. del Moral, «El Grupo Femenino Socialista de Madrid», págs. 259-260, y «Acción colectiva femenina republicana», pág. 556.)

³⁵ Tras el pacto franco-británico de 1904, por el que ambas potencias se repartían las zonas de influencia en el continente africano, el gobierno de Maura acordó con Francia la exclusiva influencia española en la zona marroquí fronteriza con nuestra costa meridional, a resultas de lo cual algunas compañías de España, en colaboración con otras francesas, se empeñaron en la explotación de minas de hierro y plomo en el Rif. En 1909, la construcción de un tren minero generó una serie de incidentes en los que cuatro trabajadores españoles fueron abatidos y algunos otros heridos por los rebeldes rifeños. El ejército español intentó reducir la presión de éstos tomando el monte Gurugú, donde se hallaban asentados, y como resultado, la brigada del general Pintos fue aniquilada en el Barranco del Lobo el 27 de julio. Este hecho causó consternación en toda España, y cuando el gobierno de Maura intentó enviar refuerzos, se produjo el motín de la Semana Trágica para impedirlo.

³⁶ «Y todos callamos, de buen grado unos, otros por no poder publicar los artículos (como me sucedió a mí)», confiesa la autora en «¡Guerra a la guerra!» (*Al balcón*, Sempere, Valencia, s. A., pág. 201).

de una docena de artículos sobre su experiencia marroquí para el *Heraldo*³⁷, desde Málaga y Almería al principio, desde Melilla a partir del 25 de agosto, y posiblemente ya desde Madrid los más tardíos. Leídos en conjunto, estos textos constituyen sin duda una interesante crónica de su experiencia marroquí, donde la autora informa de las circunstancias de la guerra, la asistencia a los heridos, las condiciones de los campamentos y de los soldados españoles, e incluso las costumbres de los nativos con una mirada especialmente atenta —por cierto— a las mujeres árabes, pero la verdad es que no encontramos en ellos antimilitarismo alguno, ni tampoco más muestra de antibelicismo que la compasión que suscita en la autora el sufrimiento de nuestros soldados y de sus familias.

Habrà que esperar a la caída de Maura en octubre, y en especial al inicio de la andadura de la Conjunción republicano-socialista y a la finalización de la campaña de Melilla el mes siguiente, para que *Colombine* se atreva a dar rienda suelta a su discurso antibélico. Recordemos que el 29 de octubre publica en *El cuento semanal* su relato *En la guerra*, que posteriormente recoge de nuevo en una colección de novelas cortas del mismo título³⁸, y también que en esa misma época prologa la obra *Por los que lloran (Apuntes de la guerra)*³⁹ del que había sido corresponsal de *El liberal* en Melilla, Pedro Luis de Gálvez, que se publica ya en 1910. Los dos textos mantienen, pese a la distancia en sus respectivos formatos —novelita «documental» el primero, breve ensayo el segundo—, una absoluta coherencia en las posiciones ideológicas de la autora sobre la reciente campaña marroquí, expresando sin ambages el rechazo a la guerra y enfocando el conflicto desde su lado más íntimo, más familiar, más «femenino», el de los afectos y los sentimientos. En perfecta sintonía con los argumentos del feminismo nacional e internacional del momento, Carmen de Burgos presenta la causa de la paz como una labor intrínsecamente ligada a la esencia femenina y a su capacidad reproductiva, como una prolongación natural de esa ética del cuidado en la que nos hemos reconocido históricamente las mujeres y que hemos asumido como propia.

³⁷ Son los siguientes: «Desde Málaga: Servicios de la Cruz Roja» (9/viii/1909); «Desde Málaga: Hablando con la marquesa de Polavieja» (9/viii/1909); «Notas de Colombine: Los barracones de la Trinidad» (12/viii/1909); «Desde Almería: preparativos de Málaga» (14/viii/1909); «Desde Almería: Preparando un hospital de sangre» (20/viii/1909); «Telegrama de Colombine: La Cruz Roja en Melilla» (25/viii/1909); «Por los campamentos: Colombine en Melilla» (30/viii/1909); «Desde Melilla: en el Dchar» (2/ix/1909); «Desde Melilla: visitando hospitales» (9/ix/1909); «Desde Melilla: El domingo en el campamento» (10/ix/1909); «Desde Melilla: el té de las cinco» (19/ix/1909); «Una mora del harén del Roghí» (27/ix/1909); «Almas femeninas» (2/x/1909). Sobre las crónicas de guerra de la autora y la novela corta que escribe posteriormente con este tema (*En la guerra*), ver G. Pozzi, «Carmen de Burgos and the War in Morocco», *Modern Language Notes*, 115, 2000, págs. 188-204.

³⁸ Las otras novelas que aparecen en esta recopilación son: *La indecisa*; *Siempre en tierra*; *La justicia el mar*; *El veneno del arte* y *El honor de la familia* (C. Burgos, Sempere, Valencia, s. a.).

³⁹ C. de Burgos, «Prólogo», en P. L. de Gálvez, y F. Martínez, *Por los que lloran (Apuntes de la guerra)*, Imprenta de Gabriel López del Horno, Madrid, 1910, págs. v-ix.

De hecho, el relato *En la guerra*, que se ambienta en los escenarios de la contienda de Melilla, tiene sin embargo como protagonista a una mujer, Alina, que acompaña a su esposo al frente marroquí y que, a pesar de estar expresamente excluida del ámbito público por su condición femenina y de mantenerse por tanto al margen de la guerra, recibe las nefastas consecuencias de ésta al perder en ella a los dos hombres que quiere. A través de la tragedia de Alina, que se enamora a contracorriente en tiempos adversos, Carmen de Burgos incide en el conflicto íntimo de la naturaleza femenina ante la guerra: como mujer, Alina se siente invadida por un inconmensurable AMOR (maternal, hacia toda la humanidad, y erótico, hacia Gonzalo) que la empuja a defender la vida y a rechazar la guerra⁴⁰; como española y mujer de soldado, se siente embargada por una exaltación bélica difícil de conciliar con los horrores de la batalla⁴¹. Como no podía ser de otra manera, triunfa en Alina el ansia de amor y de permanencia («Una vida valía más que todas las conquistas»)⁴² y su opción vitalista se justifica desvelando de la mano de la autora los detalles más sórdidos de la guerra que se silenciaron en las crónicas periodísticas censuradas: los cadáveres insepultos y mutilados del Barranco del Lobo, la ignorancia de los soldados en su camino hacia la batalla, el sufrimiento de los heridos, el pánico, el dolor, la soledad, la muerte. La pérdida absoluta de Alina en las últimas páginas (la guerra se lleva de golpe a marido y amante) representa claramente la amenaza de un mundo sordo al mensaje de paz de las mujeres.

En el citado prólogo a *Por los que lloran*, escrito poco después, la autora explicita este mensaje de paz a partir de un irrefutable argumento de auto-ridad: como mujer y madre que ha experimentado de cerca la guerra, Carmen de Burgos se erige en adalid de todas las mujeres y de todas las madres para defender el derecho de éstas a preservar la vida de sus hijos. Para ello, la imprecación contra la guerra («¡maldita guerra!»)⁴³ con la que se cerraba el relato de octubre ha cedido paso ahora a un llamamiento a la unión femenina contra el horror: «Si las mujeres no queremos llorar eternamente esta injusticia, combatamos contra ella»⁴⁴. El texto, aunque breve, constituye una excelente arenga humanitaria, en la que la autora invita a la fraternidad universal y a la erradicación del odio con un tono sorprendentemente belicoso, cercano

⁴⁰ «Aquellas *bajas* significaban heridos, muertos; vidas llenas de amor y de grandeza truncadas en un momento por el traicionero pedazo de plomo [...] Pensaba en la desesperación inmensa de las que en aquel momento elevaban por ellos sus preces [...] Ser madre es sentir rajarse las entrañas en la conmoción de un dolor supremo» (C. Burgos, *En la guerra*, págs. 44-45).

⁴¹ «Se familiarizaba con el espectáculo pintoresco de la guerra, con el horror del *mal necesario*, y hasta sentía los anhelos de lucha, el odio a los semejantes, la alegría del triunfo alzándose sobre el dolor de las víctimas; aunque una protesta de lo más íntimo de su alma la indignaba contra la crueldad de los sentimientos que hacen llegar al odio por el camino del amor» (C. Burgos, *loc. cit.*, pág. 42)

⁴² C. de Burgos, *loc. cit.*, pág. 56.

⁴³ C. de Burgos, *loc. cit.*

⁴⁴ C. de Burgos, *Por los que lloran*, pág. ix.

al que utilizaba el feminismo internacional en aquellos años para proscribir la guerra; de hecho, la consigna que cierra el prólogo de Carmen de Burgos, «¡Guerra a la guerra!»⁴⁵, había sido difundida por las feministas que apoyaron la Conferencia de Paz de La Haya en 1899 y 1907, y volvería a ser usada por la autora como título de un polémico artículo de 1912.

Durante esos dos años (1910-1912), la colaboración de Carmen de Burgos con el Grupo Femenino Socialista es asidua, y desde las páginas del *Heraldo*, la escritora da cuenta de los actos convocados por éste, entre otros motivos —como la defensa del sufragismo o de la campaña anticlerical— para apoyar la paz y el desarme universal. Pero la lucha concreta del partido socialista contra la guerra del Rif, basada también en una estrategia de propaganda destinada a ampliar su electorado entre las clases medias y el proletariado urbano y rural, contemplaba la igualdad de todos ante el reclutamiento («O todos o ninguno»), mediante la supresión de la «redención a metálico» y la imposición de la realización obligatoria del servicio militar. Evidentemente, las mujeres socialistas se hicieron eco de estas premisas de partido, como bien se observa en el mitin celebrado el 20 de febrero de 1910, del que dio cuenta ese mismo día Carmen de Burgos para el *Heraldo*. Así, en el artículo «Un mitin de mujeres», la escritora se adhiere a las peticiones de sus compañeras de partido —servicio militar obligatorio sin redención a metálico— y señala que el acto:

Ha sido un triunfo del grupo Femenino Socialista, que demuestra la beneficiosa intervención de la mujer en la vida pública para defender las santas causas de la libertad, la igualdad y el amor⁴⁶.

Sin embargo, entre 1910 y 1912, fecha en que el asunto marroquí vuelve a estar de actualidad⁴⁷, las ideas de *Colombine* al respecto se van distanciando de los argumentos socialistas, y aunque la autora milita aún en las filas del partido, no duda en oponerse públicamente y con virulencia a las premisas de éste sobre la obligatoriedad del servicio militar. El texto «¡Guerra a la guerra», recogido en 1912 en *Al balcón*, es buena muestra de la distancia que media en este momento entre las ideas de la autora y las consignas socialistas. En él, la autora denuncia la habitual justificación de la guerra como «mal necesario»⁴⁸ y se rebela ante las acusaciones de antipatriotismo formuladas contra quienes se opusieron en su día a la campaña marroquí. Bien lejos han quedado por

⁴⁵ C. de Burgos, *loc. cit.*

⁴⁶ C. Burgos, «Un mitin de mujeres», *Heraldo de Madrid*, 20/II/1910.

⁴⁷ A raíz del tratado franco-español de 1912, por el que la zona de influencia de España en Marruecos se transforma en protectorado, se requiere mayor presencia de las tropas españolas en el lugar, lo cual obliga a un nuevo reclutamiento que desata las protestas de los socialistas. A lo largo de 1912 y 1913, las mujeres socialistas convocan diferentes mítines y manifestaciones en contra de la guerra y a favor del servicio militar obligatorio, que, aunque había sido ya instituido por Canalejas, no había tenido gran efecto.

⁴⁸ C. Burgos, «¡Guerra a la guerra», pág. 200.

cierto aquellos tiempos de la guerra de Cuba, en los que Carmen de Burgos respaldaba la defensa de la patria y la gloria nacional; ahora, casi tres lustros después, recurre a voces de autoridad tan relevantes y tan dispares como las de Lao-Tsé, el profeta Isaías, Anatole France, Leon Tolstoi o Guy de Maupassant para denunciar la sinrazón de una guerra amparada en la defensa de la civilización, y no duda en recurrir a su propia experiencia en el campo de batalla para desautorizar la posición de su partido al respecto:

Yo he visto la guerra, he presenciado la tristeza de la lucha; he contemplado el dolor de las heridas en las frías salas de los hospitales, y he visto los muertos en el campo de batalla [...] Entendamos bien todo esto, para no caer en la anomalía de que el partido socialista pida el servicio militar obligatorio; lo que hay que pedir es la supresión de los ejércitos, el desarme, las conclusiones de la conferencia de La Haya, que acaben de una vez las odiosas guerras. Las del siglo pasado costaron la vida a catorce millones de hombres. ¿Comprendéis el horror de esta cifra? Ninguna guerra vale una sola vida. ¡Hay en ellas tanto amor, tanto dolor!⁴⁹

3. Periodismo y novela en la Gran Guerra: *Colombine*, las mujeres y la paz (1914-1919)

Tal y como he señalado más arriba, la militancia socialista de Carmen de Burgos se interrumpe precisamente en 1912, y seguramente esta disidencia de la autora en asunto tan relevante como el planteamiento de la política antibelicista tiene no poco que ver con ello. En cualquier caso, y aunque hasta 1917 no vuelve a ingresar en las filas del partido, la postura de *Colombine* ante la Primera Gran Guerra coincide plenamente con la tendencia aliadófila tanto del sector socialista liderado por Pablo Iglesias como de los republicanos⁵⁰.

La contienda mundial de 1914 sorprendió a Carmen de Burgos viajando por Europa en busca del sol de medianoche. Aunque el periplo, que incluyó

⁴⁹ C. Burgos, *loc. cit.*, pág. 204.

⁵⁰ Cuando estalla la Primera Gran Guerra, dos tendencias se enfrentan en el seno del PSOE: la aliadófila de Pablo Iglesias, por un lado, que abogaba simultáneamente por la neutralidad española y por el triunfo del ejército aliado, y por el otro, la luxemburguista, es decir, la postura de aquellos que seguían, en la línea de Rosa Luxemburgo, los acuerdos antibelicistas de la Internacional Socialista. En el X Congreso del PSOE celebrado en Madrid en octubre de 1915 se debatieron las dos tendencias, aunque la resolución se decantó claramente por la postura aliadófila (L. Gómez Llorente, *Aproximación a la historia del socialismo español*, Edicusa, Madrid, 1972, págs. 163-166). Por su parte, el republicanismo español fue también pro-aliado; valga como muestra el mitin celebrado el 25 de mayo de 1917 por la Conjunción celebra un mitin en el que los oradores principales, Lerroux, Melquíades Álvarez y el propio Unamuno, rechazaron la indiferencia ante el conflicto y propugnaron tanto el acercamiento español a los intereses de los aliados como la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania (O. Ruiz Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Ediciones Giner, Madrid, 1976, pág. 111).

la visita a varios países europeos —Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega— debía finalizar en Rusia a la vuelta de Cabo Norte, el estallido de la guerra obligó a *Colombine* y a su hija a variar sus planes e iniciar el regreso a través de Alemania sin ver la tierra de los zares. La vuelta a España, tremendamente accidentada, permitió así a la escritora presenciar los primeros episodios de un largo conflicto que dividió a Europa y cuya virulencia obligó a todos, incluso a los neutrales, a tomar partido por uno de los dos bandos implicados. Ya en sus primeras crónicas, enviadas desde Londres entre el 25 y el 30 de agosto mientras esperaba pasaporte para poder regresar, *Colombine* expresaba su desaprobación hacia la irracionalidad generalizada que parecía haber aquejado repentinamente a la civilización europea, y muy en especial hacia la actitud de los alemanes en el conflicto, resaltando su crueldad contra el pueblo ruso⁵¹.

Durante los cuatro años que duró la guerra, ésta se convirtió en tema de la labor literaria y periodística de Carmen de Burgos en diversas ocasiones, a través de decenas de artículos para el *Heraldo* y en cuatro novelas cortas que publican en «Los Contemporáneos» y en «La novela corta» entre mayo de 1917 y septiembre de 1919⁵²: *El permisionario*, *Pasiones*, *El desconocido* y *El fin de la guerra*.

Ni que decir tiene que su oposición a la contienda, tan firme como su conciencia de los estragos que ésta genera, es una constante que vertebrata la producción de la autora en estos años, pero también es verdad que, ante la realidad de una catástrofe de tal envergadura como la que amenaza al viejo continente en la segunda década del siglo xx, *Colombine* se muestra absolutamente fiel al bando aliado para resaltar con especial interés la labor de sus mujeres en y ante la guerra, así como las transformaciones de toda índole que ésta produce en ellas. De hecho, sus novelas de la contienda europea, ambientadas en escenarios de los países aliados (Francia) o neutrales (Suiza), no escatiman la descripción de las miserias colectivas causadas por la guerra en el centro neurálgico de nuestra civilización (la escasez, el frío, la mutilación, la oscuridad, la tristeza generalizada, el pánico a los bombardeos, ...), aunque se centran fundamentalmente en los conflictos íntimos experimentados por las mujeres en este ambiente de caos y de desolación. El enfrentamiento del ámbito privado femenino (la preservación de la vida, el amor y la familia) y del

⁵¹ Estas crónicas se publicaron en el *Heraldo de Madrid* los días 25, 26, 27 y 30 de agosto de 1914. Posteriormente, se reelaboraron y se incluyeron en el libro de viajes *Peregrinaciones* (1916), que se convertiría más tarde en *Mis viajes por Europa* (s. a.). Sobre la experiencia de la guerra europea en el verano de 1914, ver G. Pozzi, «Viajando por Europa con Carmen de Burgos (“Colombine”): A través de la Gran Guerra hacia la autoridad femenina», en S. García Castañeda (coord.), *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia, 1999, págs. 299-307, y también las páginas 354-373 de C. Núñez Rey, *op. cit.*

⁵² C. Burgos, *El permisionario*, «Los Contemporáneos», 437, 11/v/1917; «La Novela Corta», *Pasiones*, 81, año II, 21/07/1917; *El desconocido*, «Los Contemporáneos», 459, 12/x/1917; *El fin de la guerra*, «Los Contemporáneos», 559, año XI, 18/x/1919.

interés público (el honor de la patria) es un tema recurrente en estas novelas de *Colombine*, que presentan protagonistas escindidas entre su generosidad femenina, que las empuja a ejercer la maternidad social para convertirse en enfermeras, protectoras o amantes de los soldados, y su egoísmo de esposas-amantes, que hace surgir en ellas unos sentimientos de odio y crueldad contra el enemigo absolutamente contra natura. Las mujeres se convierten así en protagonistas en la sombra y también víctimas de un conflicto público de filiación masculina que atenta sin embargo contra los pilares de la ética femenina (vidas truncadas, familias deshechas y reconstituidas, conflictos amorosos, hogares destruidos) e incluso contra la femineidad misma simbolizada en el propio cuerpo de mujer (violaciones, embarazos no deseados, abortos, etc...).

Las protagonistas de estas novelas de *Colombine* aman, sufren y trabajan en tiempos de guerra, mientras los hombres destruyen el proyecto social colectivo en nombre de una abstracción: «Nada merecía todo el dolor que se encerraba en las mujeres, en el alma de los soldados. No había nada que lo pudiera justificar por pomposo que fuera su nombre»⁵³. Ellas son la única esperanza de la sociedad del mañana, y así, pacifismo y feminismo llegan a imbricarse casi totalmente en las posiciones ideológicas de la escritora, que aprovecha su campaña antibélica para llevar a cabo una obstinada reivindicación del valor y de la capacidad de las mujeres en el mundo moderno.

También en los artículos, la afirmación de la solidaridad y del buen sentido femeninos frente la barbarie y la sinrazón masculinas que supone el conflicto armado, se convierte en sostén fundamental del razonamiento de la escritora, que incide en tres campos fundamentales de actuación de las mujeres: el respaldo logístico, resaltando su capacidad para asumir las tareas masculinas en ausencia de los hombres; la atención física y moral a los combatientes, que anula de un plumazo la pretendida incompatibilidad de la vida pública de las mujeres con la ética femenina del cuidado; y en último lugar, la lucha infatigable por la paz, que se convierte para Carmen de Burgos en distintivo y en objetivo indiscutible de su propio género.

Son numerosos los artículos donde la autora revela los diferentes modos en los que la urgencia de la guerra ha conseguido resolver la polémica acerca de la idoneidad de las mujeres para el desarrollo de la vida pública, y para ello describe encomiásticamente la labor de las aliadas (francesas, rusas, portuguesas,...) en diversos campos de actuación, que se extienden desde el ámbito tradicionalmente femenino del cuidado, como enfermeras o reposo espiritual del guerrero («El beso de la Reconquista»⁵⁴, «Energía femenina»⁵⁵), a los espacios profesionales hasta el momento privativos de los varones, como el desempeño de trabajos pesados («Las mujeres oscuras»⁵⁶, «Movilización

⁵³ C. Burgos, *Pasiones*, s. p.

⁵⁴ C. de Burgos, «El beso de la Reconquista», *Heraldo de Madrid*, 23/vii/1915.

⁵⁵ C. de Burgos, «Energía femenina», *loc. cit.*, 21/viii/1915.

⁵⁶ C. de Burgos, «Las mujeres oscuras», *loc. cit.*, 15/xi/1914.

femenina»⁵⁷), el ejercicio de la medicina («Espiguelo»)⁵⁸, la literatura de combate («La obra de Mimi Pinson»⁵⁹, «La cosecha roja»⁶⁰) o el compromiso bélico («Mujeres rusas»⁶¹, «Espiguelo»,⁶² «En la Sorbona»⁶³). Señala así Carmen de Burgos que «esta guerra nefasta ha probado tanto el trabajo y el valor de la mujer que ya no se podrá sonreír del feminismo»⁶⁴, para concluir que «es indudable que los Códigos se han de transformar después de la guerra, como reclaman los hechos en que interviene la mujer»⁶⁵.

En esta misma línea argumentativa, que trata de garantizar la presencia femenina en la nueva sociedad emergente de la guerra mundial, *Colombine* consagra varios artículos a reivindicar el papel de las mujeres como garantes de la paz⁶⁶, y en consecuencia, como responsables, pilares y principales constructoras de una nueva sociedad sustentada en valores como la familia, el trabajo, la paz y la justicia. En perfecta sintonía con las razones del feminismo esencialista de su tiempo, la escritora insiste en el papel de las mujeres —madres reales o potenciales— como depositarias de unos valores íntimamente ligados a la preservación de la vida y caracterizados por la «cobardía humanitaria»⁶⁷ —es decir, el natural rechazo a la muerte innecesaria— y por la búsqueda de una «paz fecunda»⁶⁸ mediante el desarrollo profesional, familiar (la educación de los ciudadanos pacifistas del futuro)⁶⁹ y personal (cultivo de las virtudes tradicionalmente femeninas, la bondad, la dulzura y el amor universal)⁷⁰.

A través de sus páginas, y en el nombre de la unidad del «gran alma femenina universal»⁷¹, la autora hace un llamamiento a la solidaridad de las mujeres españolas contra la guerra, instándolas a abandonar la neutralidad para exhalar un grito colectivo «fanático y definitivo»⁷² a favor de la paz. En «La Revancha», posiblemente el más intenso y emocionante de cuantos artículos escribe Carmen de Burgos en los primeros tiempos de la guerra, la autora

⁵⁷ C. de Burgos, «Movilización femenina», *loc. cit.*, 21/IV/1916.

⁵⁸ C. de Burgos, «Espiguelo», *loc. cit.*, 04/VII/1916.

⁵⁹ C. de Burgos, «La obra de Mimi Pinson», *loc. cit.*, 23/VIII/1915.

⁶⁰ C. de Burgos, «La cosecha roja», *loc. cit.*, 21/I/1916.

⁶¹ C. de Burgos, «Mujeres rusas», *loc. cit.*, 14/VII/1915.

⁶² C. de Burgos, «Espiguelo», *loc. cit.*, 01/VI/1916.

⁶³ C. de Burgos, «En la Sorbona», *loc. cit.*, 13/II/1917.

⁶⁴ C. de Burgos, «Cosas de actualidad», *loc. cit.*, 29/XI/1915.

⁶⁵ C. de Burgos, «Espiguelo», *loc. cit.*, 04/VII/1916.

⁶⁶ C. de Burgos, «Las mujeres y la paz», *loc. cit.*, 30/XI/1914; «Mujeres yanquis», *Heraldo de Madrid*, 28/VI/1915; «La revancha», *loc. cit.*, 01/VII/1915; «Cosas de actualidad», *loc. cit.*, 29/XI/1915; «Las novias de la guerra», *loc. cit.*, 29/XII/1915.

⁶⁷ C. de Burgos, «Las mujeres y la paz».

⁶⁸ C. de Burgos, *loc. cit.*

⁶⁹ C. de Burgos, «Las novias de la guerra».

⁷⁰ C. de Burgos, «Las mujeres y la paz».

⁷¹ C. de Burgos, «Mujeres yanquis».

⁷² C. de Burgos, «Las mujeres y la paz».

llega a augurar una futura multitud de mujeres enlutadas, un ejército femenino silencioso y benevolente dispuesto a resarcirse del fracaso de los apóstoles de la paz, y a partir de la autoridad conferida por su experiencia vital y de una nueva sensatez construida sobre el dolor, capaz también de dominar el porvenir, extirpando las causas de las guerras y conduciendo a la humanidad hacia un futuro más halagüeño.

Tal como hemos visto, la utopía pacifista de Carmen de Burgos se va forjando progresivamente desde el cambio de siglo, aunque alcanza sus tintes más dramáticos, más conmovedores y también más feministas en los años de la guerra europea. Acercándose ya la segunda década del siglo xx, en la que la escritora desarrolla con especial intensidad su vena sufragista y su particular cruzada, pública y personal, por los derechos de las mujeres, no es de extrañar que la perspectiva de una sociedad inspirada en los valores históricamente «femeninos» de la paz y la concordia le resultara bastante más halagüeña que el prurito bélico que movía a Europa en esos mismos años. El vínculo entre la práctica de la paz y el desarrollo de una sociedad más igualitaria, o, dicho con otras palabras, el convencimiento de que el acceso de las mujeres a las estructuras de poder resulta esencial para promover y mantener la paz, es no sólo el fundamento básico de la campaña antibélica de Carmen de Burgos, sino un argumento esencial que ésta comparte con el movimiento internacional de mujeres del primer tercio de siglo, en el que se inserta en su triple vertiente de sufragista, feminista y pacifista, y, en general, con las reivindicaciones feministas de toda la centuria⁷³. Ciertamente es que desde sus escritos periodísticos y literarios, *Colombine* reclama durante dos décadas con extraordinario tesón el fin de las guerras, pero también es verdad que su objetivo principal se revela bastante más ambicioso, encaminándose a promover una paz estructural, garantizada por una comunidad humana integrada y armónica, generadora de actitudes positivas y perdurables, y como tal, necesariamente sustentada en impulso del papel de las mujeres y de los valores históricamente reconocidos como femeninos.

Colombine no volvió a vivir otra guerra. Cuando murió en 1932, apenas balbuceante la Segunda República, se hallaba seguramente lejos de intuir que todos aquellos valores —paz, bienestar, concordia, solidaridad, equilibrio social, etc.— que conformaron su proyecto de futuro estaban próximos a quebrarse, y que esa «sociedad del porvenir, credo de toda una Humanidad»⁷⁴ que auguraba en sus escritos aún dormiría el sueño de los justos durante largo tiempo.

⁷³ M. Alcañiz, «Aportaciones de las mujeres al discurso y a la práctica de la paz», en E. Espinar y E. Nos (coords.), *op. cit.*, págs. 31-50.

⁷⁴ C. de Burgos, «La revancha».